

- Ecumenismo y catolicidad: Finalmente debemos destacar la gran lección de ecumenismo y catolicidad del testimonio de Bohnhoeffer; ecumenismo y catolicidad que vienen a ser una misma cosa en la experiencia cristiana. Efectivamente Bohnhoeffer fue una persona y un teólogo que podemos calificar de mentalidad abierta, ecuménica y universalista. En primer lugar, hay que destacar su cercanía a las concepciones católicas y de otras confesiones en muchas cuestiones teológicas, y particularmente en las cuestiones eclesiológicas, que han sido quizá las que más han dividido a los cristianos a partir del siglo XVI. Por supuesto que sigue habiendo diferencias eclesiológicas importantes, pero la concepción de la Iglesia como sacramento, como misterio de comunión, como cuerpo de Cristo, prolongación visible y concreta de su presencia, se acerca mucho a la concepción del Vaticano II sobre la Iglesia; su visión de la comunidad cristiana y de los ministerios como participación en el único Ministerio de Cristo-Pastor, está muy de acuerdo con el planteamiento católico de la teología actual. Desde esta mentalidad ecuménica hay que entender la autocrítica que hace de muchas concepciones de la teología protestante; en carta a sus padres escribía el 31 de octubre de 1943: «Kierkegaard sostuvo hace ya casi cien años que en la actualidad Lutero nos diría lo contrario de lo que nos dijo en su época. Creo que está en la verdad»⁴³. Bohnhoeffer no sólo pensó ecuménicamente sino que se comprometió también en el trabajo ecuménico y en una búsqueda permanente de la unidad en Cristo, particularmente en sus viajes a EE. UU. y a Inglaterra, que tuvieron principalmente una finalidad ecuménica. La permanencia durante varios meses en la Abadía benedictina de Ettal, el interés por la vida cristiana en países de tradición católica como España e Italia, el compromiso de su vida a favor de los judíos alemanes y de todos los derechos humanos, son hechos significativos de su opción ecuménica y universalista, con dos puntos de apoyo esenciales: el hombre y Cristo.

⁴³ WE, 70.

Experiencia de Dios y servicio al mundo

Rev. Aragon. Teol. 8 (1998)

Félix Felipe Cebollada

Parto de unas afirmaciones a modo de tesis: «*La promoción de la justicia es parte constitutiva de la evangelización*» (Sínodo 1971). «*La enseñanza y la difusión de la Doctrina Social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia*» (SRS. 41; CA. 54; MM. 202). El servicio al mundo y la lucha por la justicia no sólo es un imperativo moral, es también un tema teológico, es decir, un lugar de experiencia de Dios.

Dos experiencias ocultan el rostro de un Dios salvador y dificultan hacer presente la gracia salvadora de Cristo: la indiferencia religiosa, las diversas formas de idolatría y la situación injusta de quienes se ven excluidos de una vida digna. Su marginación y sufrimiento oscurecen el rostro de un Dios Padre de todos. Por eso, «*una evangelización que no se preocupe por quebrar la cultura del poder y del tener frente al ser, además de imposible, es idolátrica*».

A esta actitud idolátrica tuvieron que enfrentarse los Profetas, Jesús...y es la tentación continua de la Iglesia. Para que el servicio al mundo supere dicha tentación, se ha de insertar en el Misterio Global de la Iglesia, evitando, de este modo, un doble riesgo:

- Una Iglesia centrada en sí misma, ajena y ausente, de lo que acontece en la historia de los hombres.
- El reducir el servicio al mundo a una simple «acción social», a una mera exigencia moral.

La acción del creyente no se reduce a transformar un régimen; su objetivo es mucho más radical que el mero cambio social; los problemas, que deben ocupar al creyente, son mucho más hondos que los que solemos considerar como «acción social»; es la conciencia que sustenta y hace posible el régimen injusto.

La fe debe permanecer como fuente de inspiración, pero no como fuente inmediata de compromiso socio-político; proclama una sabiduría, que ilumina lo socio-político, pero no inspira ningún modelo. La sabiduría y conciencia profética de la comunidad creyente llevarán, a veces, a denunciar ciertos modelos sociales, económicos, políticos, pero dicha contestación en su raíz no se dirige a dichos modelos en cuanto técnicos ni procede de otros modelos, sino que procede de la sabi-

duría de Dios libre, misericordioso y justo, y va dirigida a la sabiduría que inspira a aquellos modelos socio-políticos, a los valores, a las actitudes, que se encuentran en la raíz de dichos modelos, los sostiene y los consolida.

El servicio al mundo desde la fe se dirige a que el fermento evangélico penetre en todas las dimensiones de lo humano y las transforme de acuerdo al proyecto de Dios Padre de todos. El compromiso por la justicia del cristiano se convierte en testimonio de Cristo y la responsabilidad política dimana del núcleo más íntimo de misión salvadora de Dios.

La relevancia del compromiso social del cristiano en su línea profética no radica tanto en el contenido, —reivindicaciones sociales se encuentran también fuera del pueblo de Dios—, sino que dicho compromiso se hace desde la experiencia de Dios, que actúa en la vida y en la historia de los hombres. Dios nos habla y se nos acerca a través de la historia, de la vida, de los problemas de los hombres. Toda la vida y toda la historia es sacramental (GS. 4, 11, 44), esto es, signo de la presencia y de la acción amorosa y transformadora de Dios. Los acontecimientos, los otros con sus problemas constituyen un lugar teológico, a través de ellos Dios nos está hablando y salvando. Alguien ha dicho que la Sagrada Escritura es como las notas a pie de página que Dios pone en la Biblia que es la propia vida y la vida de los demás. El creyente en el mundo tiene la misión de ser exégeta e intérprete de este lenguaje simbólico de la vida.

Si el mundo y la historia es un lugar teológico, es decir, un lugar donde Dios se nos acerca, habla y salva, la actitud primera, fundamental en la relación con el mundo no es de carácter moral: qué debemos hacer para que el mundo mejore, ideando programas y proyectos, sino teologal: aprender a ver y escuchar, dejarnos interpelar y salvar por el Dios, que pasa a través de la historia y la vida de los hombres, y, una vez, contemplado el Dios que está pasando y transformados por su interpelación y acción, podremos secundarlo en su acción transformadora y no ser obstáculos, colocándonos como protagonistas mesiánicos.

Pero, la historia es ambigua, también existen poderes malignos, signos de los ídolos de muerte: de aquí la necesidad de que el cristiano y comunidad cristiana sean lúcidos en su discernimiento, pues la vida social, económica, cultural, política, las estructuras e instituciones aparecen como ámbitos de gracia y de pecado; pueden favorecer o impedir el pleno desarrollo del hombre; si favorecen, es gracia; si lo impiden, es pecado.

Desde la perspectiva teologal, lo específicamente cristiano en el servicio al mundo no significa exclusivamente cristiano. Confesar a Jesús como Dios y hombre es afirmar que lo específicamente cristiano es sólo aquello de más profunda calidad humana y nunca un espacio ajeno a lo humano. Esto significa que lo específicamente cristiano nunca será algo que no puede encontrarse en otros hombres, sino simplemente algo que de modo especial debe exigirse a aquellos que se llaman cristianos. Pero, a la vez, significa que el tema del servicio al mundo no puede ser abordado

como si se tratara simplemente de una obligación de orden moral. Más bien, debe ser reconocido y descubierto por el creyente como fuente de experiencia de la gracia. De este modo, se evita un moralismo sobreexigente y aplastante o la justificación farisaica por las obras, pero esto no significa anular las obras.

Preocupación fundamental para la opción cristiana en un mundo pluralista en cosmovisiones religiosas es «el lugar cristiano de la experiencia de Dios». Para el N.T. el lugar privilegiado de la revelación y encuentro de Dios es el campo de la relación a los otros, y no sólo al otro cuyo amor puede ser gratificante, sino a los otros cuyo amor no aparece a primera vista gratificante (Lc. 14, 7-24; Mt. 25, 31-46). Para el cristiano hay ahí, no sólo un imperativo moral, sino un lugar privilegiado de la experiencia de Dios; el Dios revelado en Jesús aparece necesariamente mediado por una exigencia de amor incondicionado.

El servicio de la Iglesia al mundo no es proselitismo, sino presencia transformadora. Para ello se precisa una presencia y participación de calidad de los creyentes en la vida pública. Pero dicha presencia y participación transformadoras requieren una sólida y lúcida conciencia social. Es urgente dar pasos en esta dirección, porque en lo que respecta a la conciencia social los cristianos no llegamos a los mínimos requeridos.

Presupuestos teológicos, que asimilados y asumidos, harán surgir de manera espontánea la conciencia social y su traducción práctica.

I. La iglesia es, en Cristo, como sacramento e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género Humano

La Iglesia es para que la humanidad sea «UNA» (LG. 1). El fin de la historia y de cada uno es caminar hacia la unidad, esto es, hacia la fraternidad e igualdad fundamental entre los seres humanos mediante la reconciliación y la comunicación de las cosas, ya que la tierra es el medio básico a través del cual se alcanza la fraternidad y la igualdad, pues desde unas situaciones reales de inhumanidad material y espiritual no es posible hablar de paz y fraternidad. El mensaje central conciliar es la unidad de todos los seres humanos y del universo en Cristo (Jn. 17; Ef. 1, 2-3; Col. 1, 15-20). Desde esta idea central hay que leer e interpretar «Gaudium et Spes», la enseñanza y pastoral social: la unidad de la humanidad en Cristo, —que se ha de realizar también en la solidaridad social, económica y política—, es el plan de Dios revelado en Cristo y en el Espíritu (GS. 2; Col. 1, 16-17; Ef. 1, 3-14).

Frente a un mundo roto por la injusticia, enfrentado por el odio y venganza, violento, Dios-Padre por medio de Jesucristo y el Espíritu nos revela y realiza su proyecto, que es un proyecto de reconciliación, pacificación de los seres humanos con Dios, con uno mismo, entre sí y con la creación mediante la destrucción de los ídolos de muerte (Gen. 6, 18-20; 8, 21; 9, 12-17; Is. 11, 6-9).

Dios elige a su pueblo para que practique la justicia y el derecho (Is. 5, 1-7). Fruto de la justicia es la paz, plenitud de todas las bendiciones (Is. 32, 17). El tema de la justicia es central en la predicación de los profetas. Más aun, el derecho y la justicia parecen como hilo conductor del plan de Dios. La soberanía de Dios se promueve en la medida en que se afirma el derecho y la justicia entre los hombres, sobre todo, en favor de los pobres y oprimidos.

Los tiempos mesiánicos se caracterizarán por la plena realización de la justicia, de ella brotará la paz (Is. 11, 1-10). La efusión del Espíritu traerá la plenitud de la justicia y de la paz (Is. 32, 15-20). Jesús, heredero de la tradición de Israel, recoge la pasión por la justicia, que recorre la fe del A.T. y la lleva a plenitud en el «*amor*». Jesús ha sido enviado por el Padre, recibiendo la plenitud del Espíritu, para reunir a todos los hombres en una familia de hijos y de hermanos, en una tierra convertida en hogar, donde todos puedan convivir sin barreras, sin muros y sin privilegios. Para reunirlos era preciso levantar de la basura al pobre y sentarlo en la mesa del Reino; curar y sanar heridas (Mc. 3, 7-12); destruir muros, romper cadenas, derribar las posiciones del poderío del mal, atacar la idolatría, denunciar una vida religiosa al margen de las exigencias de la justicia (Mt. 23, 23; Mc. 12, 38-40).

Por eso, el primer cambio, que hemos de realizar, de modo radical, debe comenzar por la purificación y comprensión de la imagen de Dios. Se trata, en concreto, de redescubrir al Dios Uno y Trino, es decir, un ser absolutamente relacional, un Dios comunitario, un Dios-amor: el Padre, el Hijo y el Espíritu viven unos con otros, unos para otros y unos en otros, en la más sublime y perfecta comunidad. Si esto es así, los seres humanos pueden asemejarse a Dios, no mediante el dominio, sino a través de la comunidad y reciprocidad de vida. La imagen perfecta de Dios en la tierra, no es el individuo aislado, sino la comunidad humana. No las piezas aisladas, sino la comunidad de la creación en su conjunto, la que refleja su sabiduría y belleza.

Esta sabiduría del Misterio Trinitario de Dios proporciona una nueva forma de ver el mundo. La vida es comunicación. Todo cuanto existe y vive, existe y vive en relación mutua; el vínculo común, que da coherencia al todo, es el Espíritu de Dios. Desde esta imagen de Dios revelado en Cristo, como Padre, Hijo y Espíritu Santo, a cuya imagen ha sido creado el ser humano y todas las cosas, el ser humano sólo puede vivir de modo humano y desarrollar su personalidad en un ámbito relacional y comunitario. Pero este hombre está relacionado también vitalmente con la tierra (Gen. 2, 7); necesita de las cosas del mundo para vivir como hombre en libertad y en solidaridad corresponsable.

Por tanto, un mundo, configurado por la exclusión de millones y millones de hombres, es un mundo que no es totalmente mundo, y millones y millones de hombres que no son totalmente hombres. El ser humano es un ser social e igual; es toda la comunidad humana (varón y mujer) la que recibe corporativamente la tarea de transformar la tierra, organizarla y estructurarla en dirección hacia el hombre. La responsabilidad del ser humano sobre el mundo ha de ser comunitario (varón y mujer) y respetuosa con toda la creación (Gen. 1, 26-28; 2, 20-24).

Ahora bien, siendo que el ser humano es una unidad de lo terreno, lo mundano y espíritu, dotado de conciencia, libertad y responsabilidad, sólo puede darse un desarrollo auténtico mediante la participación solidaria en todos los campos.

Según el relato de la creación, que llega a su culmen en Cristo muerto y resucitado, el creyente sólo llega a ser un hombre auténticamente en la apertura a la comunidad de los hombres y en una solidaridad radical con todo el universo. El mundo es una invitación a una vida consciente, es decir, en cuanto imagen de Dios-amor, a ser espejo de dicho amor mediante el desarrollo del mundo al servicio de la fraternidad, de la liberación del conjunto de la humanidad. El hombre vive en dignidad como ser libre y consciente, cuando vive su carácter filial y fraterno, en el diálogo, en la cooperación, en el compartir, en el reconocimiento del otro en idéntica dignidad.

El hombre y el mundo es también una invitación a dar gracias a Dios y a bendecirlo en sus obras, especialmente interpretando fielmente las intenciones de Dios-creador, que hizo las cosas para el bien de todos. El mundo debería alcanzar en el hombre su plena conciencia, de modo especial, por la adoración, que nos hace abiertos a nuestros semejantes y al uso responsable de la creación para el bien de la familia humana. Pues, el hombre, que adora a Dios, honra a sus semejantes como imagen de Dios y descubre la finalidad de todas las cosas. Por el contrario, cuando el hombre se encierra en sí mismo, se empobrece y frustra el plan de Dios-creador respecto a sus semejantes y respecto al mundo, ya que pierde sobre sí y sobre el mundo el sentido más profundo de la creación, al no reconocerla como don de Dios, ni usa de ella para el servicio de todos los seres humanos. El hombre encerrado en sí ni ruega, ni adora, ni honra al prójimo, sino que corrompe todo el ambiente humano, que, a su vez, se convierte en poder capaz de trastornar al hombre, si no se opone, haciendo todo lo posible para trasformarlo junto con sus semejantes. El individualista es un parásito; no sólo se empobrece, sino que irradia miseria sobre todo el ambiente.

II. Experiencia de Dios justo

¿Qué es lo que hace a la Iglesia ser Iglesia de Cristo? *La acción justificadora de Dios, por medio de Cristo, en nosotros personas injustas (Rom. 4,25; 5,1-11; Col. 1,19-20).*

Todo cuanto define al cristiano y todo cuanto es y puede hacer la Iglesia, se debe a esta acción justificadora y pacificadora de Dios en Cristo. La Iglesia es obra de la voluntad reconciliadora, vivificadora y justificadora de Dios.

Toda gracia origina la correspondiente misión. Si la Iglesia y los cristianos son obra de la acción justificadora y pacificadora de Dios, por lo mismo son también el instrumento de esa acción divina en el mundo. De la justificación de hombres injustos se sigue la misión en favor de una más perfecta justicia en la sociedad. De la acción pa-

cificadora de los hombres belicosos se sigue la misión de pacificación en los conflictos de la misma sociedad. No puede haber otra respuesta por parte de los cristianos a su experiencia de Dios.

A aquel a quien justifica, Dios le hace sentir también hambre y sed de justicia. Dios nos otorga su paz para hacer de nosotros pacificadores. Si la iglesia existe como obra de la justicia de Dios; los conflictos económicos, políticos y sociales de la sociedad deben ser también sus propios conflictos, que los cristianos los experimentan en su propia carne.

Por eso, cuanto más creen los cristianos en la justicia de Dios, más profundamente sufren la injusticia que observan. Si hay un Dios, y si este Dios es el Dios justo, entonces no podemos conformarnos ni podemos acostumbrarnos a la injusticia, sino que debemos oponernos a ella y combatirla con todas nuestras fuerzas.

Si la Iglesia es obra e instrumento de la justicia de Dios en el mundo, entonces también es el principio y la garantía de la nueva creación futura del mundo en esta justicia. Si la Iglesia experimenta la paz de Dios, entonces brota en ella la esperanza, que anticipa el nuevo mundo de la paz, y que mira hacia ese futuro de la nueva creación, *el cielo nuevo y la tierra nueva en que habite la justicia* (2ª Pedr. 3, 13).

Por tanto:

- * Una evangelización y pastoral sin compromiso por la justicia a favor de los empobrecidos es idolátrica y conduce a la idolatría (GS. 19).
- * Una religiosidad insensible a los problemas de los seres humanos es idolátrica, aunque se invoque mucho el nombre de Dios. Los profetas y el mismo Jesús de Nazaret se enfrentaron y condenaron un culto divorciado de la práctica de la justicia; una religión que no afecta a la realidad de la vida y que permite al opresor seguir oprimiendo y explotando (Is. 1, 1-17; 58, 1-12; Am. 5, 21-24; Mt. 23, 23).
- * Reducir la fe cristiana a un puro fenómeno sociológico y a un movimiento social es también idolatría.

III. El Dios uno y trino y la praxis por un mundo fraterno y justo

Algunos teólogos han proclamado que la teología del Misterio de la Trinidad era un programa social. Ciertamente que de la teología de la Trinidad no se deduce ningún tipo de programa social, éste se sitúa a nivel de las soluciones técnicas y necesita el concurso de análisis de las ciencias humanas. La Iglesia no tiene soluciones técnicas (SRS. 41). Sin embargo, de la fe en el Dios Uno y Trino brota una luz que ilumina la naturaleza, las exigencias y finalidades del verdadero desarrollo, así como los obstáculos que se oponen a él. La mediación, con que se hace operativa la fe en el Misterio de Dios Uno y Trino, lo constituye la Doctrina Social, que pertenece al ámbito de la teología moral. Su objetivo principal es interpretar la compleja realidad social, exa-

minando su conformidad o no con lo que el evangelio enseña acerca del hombre y su vocación terrena y trascendente para orientar la conducta cristiana en el compromiso por la justicia.

En la experiencia del amor de Dios Uno y Trino el cristiano encuentra el motivo para empeñarse en la construcción del mundo justo, ya que dicha experiencia no la hace el cristiano al margen de la historia de los hombres. En medio de ella es donde se reconocerá el paso de Dios entre los hombres. El cristiano podrá escuchar el murmullo del Espíritu de Dios en el clamor y gemido de una humanidad hambrienta de justicia, de paz, de amor, de dignidad humana (RH. 17). Un Espíritu que desenmascara el pecado histórico: la injusticia, y los signos de muerte de la civilización contemporánea (DV, 57). Un Espíritu, que impulsa a la comunión, la cual se traduce en solidaridad y para el cristiano en gratuidad, perdón, reconciliación (SRS. 40). Actitudes, que no anulan la justicia, sino que la incluyen. La auténtica misericordia es la fuente mas profunda de la justicia (DM. 14).

La vida cotidiana, así como las decisiones en el campo político y económico y social deben estar medidos por el amor preferencial a los pobres. Pero, sobre todo, ésta es la medida de la Iglesia, ya que, en virtud de su compromiso evangélico, se siente llamada a estar junto a esas multitudes de pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones silenciosas y a ayudar a hacerlas realidad. En la opción por los pobres le va a la Iglesia nada más ni nada menos que el creer o no creer en el Dios revelado en Jesús de Nazaret. Pues, no es posible separar al Dios que salva de su amor preferencial por los pobres; el no aceptar el lugar de los pobres como camino seguido por Dios en su proyecto salvador nos remite al pecado contra el Espíritu y según San Juan al «anticristo», ya que no acepta en la praxis a «Jesucristo venido en carne» (1ª Jn. 4, 2). El evangelio está destinado a toda la humanidad, pero el proceso divino es partir desde abajo, desde los pobres y desde ahí abrazar a todos los hombres (Fil. 2, 6-11). *«El Hijo de Dios viene a llamar a todos, pero en lugar de invitar a los pobres desde los ricos, como sería la lógica del mundo, llama a los ricos desde los pobres»* (IP. 16).

IV. La comunión trinitaria modelo para la construcción de la iglesia y de la sociedad

La construcción de la sociedad y de la Iglesia no deben contraponerse. La Iglesia y el mundo son realidades diferenciadas, pero para el creyente se encuentran en el modelo de la Trinidad. Una tarea importante hoy es descubrir el perfil de la comunidad creyente, que la cualifique para anunciar el evangelio de justicia salvadora y liberadora a nuestro mundo. Este perfil nos lo marca el Concilio Vaticano II, que ante el mundo se define como «signo universal de salvación» (GS. 45). Al afirmarse la Iglesia como «signo» nos señala que lo que abre el camino de la credibilidad al evangelio de la justicia de Dios es el testimonio personal y comunitario. En esta dirección se sitúa el Papa Pablo VI, cuando nos dice que «evangelizar es, ante todo, dar testimo-

nio» (EN. 26). Dar testimonio significa transparentar de modo visible el Misterio de Dios Uno y Trino. La nueva ley, la nueva justicia, son los testigos, no los libros, ni los documentos, sin quitarles su importancia fundamental, pero han de estar al servicio de la Iglesia como «signo».

La Iglesia ha de ser signo, en su ser y obrar, de la nueva justicia de Dios ante el mundo, y lo será si no pierde la perspectiva de que su camino es el hombre concreto, situado, histórico (RH. 14), esto es, si transparenta en su ser y obrar lo que aspiran y tienden los hombres de nuestro tiempo: ansia de justicia, de misericordia, de solidaridad, de paz...Pero de ninguna manera puede aparecer como signo ante los hombres, si no se salvan al interior de la misma Iglesia los Derechos Humanos fundamentales.

La fuente y el modelo a construir es la «*comunidad Trinitaria*», siendo y viviendo la misma Iglesia la «*comunidad*». «Ser signo de comunidad» implica compromiso por la reconciliación y la justicia entre los hombres. Frente a un mundo caracterizado por las diferencias sociales y la clamorosa situación de grandes multitudes de seres humanos, el cristianismo oscurecería el nombre santo de Dios, si su acción no va dirigida primariamente a la reconciliación y a la igualdad fraterna, única señal creíble de Dios-Padre. La lucha por la justicia en nuestro mundo resulta imprescindible para que la Iglesia anuncie al Dios revelado en Jesús crucificado frente a las imágenes idolátricas de Dios. Se ha afirmado, que el amor es la mediación de Dios, pero, amar en un mundo injusto no es posible, si no es construyendo la justicia. En este contexto de un mundo desgarrado, la justicia y el derecho, según los profetas, se convierten en distintivos de la presencia de Dios Is. 42, 4. Ser signo de comunidad implica también que la «comunidad» al interior de la Iglesia debe informar con nitidez todas sus estructuras organizativas. En esta línea queda todavía mucho por hacer y construir en nuestra Iglesia. Las estructuras eclesiales deberían corporeizar, visibilizar cada vez más la comunidad corresponsable. Todo avance en esta línea haría mas creíble y audible todo el mensaje social de la Iglesia y supondría un paso importante en su misión de ser luz, fermento y referente utópico de un nuevo orden social, que supere el actual orden socio-económico.

La Iglesia está llamada a ser luz situada sobre el monte (Is. 2, 2-3; Mt. 5, 14-16), esto es, reflejo de la presencia activa y amorosa de Dios Uno y Trino en la vida e historia de los hombres. Y lo será, desde mi punto de vista, en la medida en que transparente los siguientes rasgos:

- 1.º *Frente a los ídolos de muerte la acogida de Jesús como salvador.* La acogida y el encuentro con Jesús fue el punto de partida, que desencadenó la formación de la nueva comunidad, germen del nuevo orden (1ª Jn. 1, 1-3; Hch. 2, 14ss). No se niega la importancia y necesidad de los programas sociales, pero se quiere afirmar que, lo prioritario y previo a toda programación, es la conversión transformadora a Cristo, unido a un conocimiento fiel de la realidad, a fin de que Cristo sea el centro real y efectivo de la vida personal y comunitaria. Digo que sea el «centro real y efectivo», por-

que solemos afirmar e incluso proclamar que Jesús es el Señor, pero, de hecho coexisten otras inclinaciones, otras atracciones que son en realidad las que determinan nuestra vida, nuestros comportamientos cotidianos, nuestro actuar. Creemos que la vida está centrada en Dios, pero la verdad es que son otras cosas, las que ocupan el centro de nuestra vida; son esos ídolos agazapados, muy difíciles de detectarlos. De aquí, la necesidad de discernirlos, desenmascararlos y destronarlos, para que Jesús ocupe el punto central. *«Hijos míos, guardaos de los ídolos»* (1ª Jn. 5, 21).

- 2.º *Armonizar lo uno y lo diverso*, es decir, ser signo de unidad en que se transformen las diferencias en factores de relaciones fecundas y enriquecedoras mediante el respeto y el reconocimiento de la auténtica igualdad en cuanto a la dignidad y acción común corresponsable. De este modo se es símbolo de un Dios Uno y Diverso; tres personas distintas, de única naturaleza e iguales en dignidad. Esta imagen de Dios tiene repercusiones, como se ha dicho, no solo en el campo económico, político, sino también en el cultural, en el sentido de que se ha de superar la cultura patriarcal o matriarcal; *«no llamareis «padre» a nadie en este mundo, porque vuestro Padre es el que está en el cielo»*, por la cultura fraternal, *«vosotros sois hermanos unos de otros»* (Mt. 23, 8-9).

La unidad en la diversidad exige la necesidad de la diferencia, que incluye, como exigencia, el despojo de la prepotencia, dominación, paternalismo y un auténtico diálogo con las demás culturas, la mayoría de ellas oprimidas y sin reconocimiento mundial. Pero sin ellas no se puede ser hoy universal.

Este doble principio de lo «uno y diverso» implica una ética del reconocimiento y aceptación del otro en cuanto otro. Ahora bien, el reconocimiento del otro en cuanto otro en una sociedad de profundas desigualdades y barreras sociales no puede quedar reducido sólo a la justicia, ha de incluir el amor gratuito, que es el único que puede reconciliar lo opuesto.

- 3.º *Sólo un Dios testificado como amor será digno de crédito*. La Iglesia sintoniza con Dios, que ama entrañablemente al hombre de hoy, si ella misma ama este mundo con sus contradicciones y miserias. Amor que le debe llevar a sentirse solidaria y defensora de las víctimas de la injusticia humana e introducir la misericordia de Dios en el mundo de la exclusión y sufrimiento.

Amor, que mira y transforma el mundo, desde la gracia de hijos, en la línea de convertirlo en hogar y mesa para todos. Para ello se precisa que la comunidad creyente realice «gestos de gracia» entre los desgraciados. La Iglesia fiel a su Señor, que siendo rico se hizo pobre (2ª Corint. 8, 9), ha de encontrar un lugar auténtico desde donde poder impulsar la transformación del mundo, pero sólo desde la acogida a los abandonados, desde la solidaridad con los maltratados, desde el servicio gratuito a los últimos, se anuncia a todos la gracia de Dios Padre de todos.

A la luz de Cristo, el Hijo de Dios, don gratuito del Padre a la humanidad, el otro es una llamada permanente a la fraternidad, incluso cuando el ambiente lo rechaza, cuando los amigos lo abandonan, cuando el mismo avanza por un camino equivocado, cuando su rendimiento disminuye y otros lo sustituyen, cuando ya no resulta útil para nadie. Ni siquiera el hombre de negocios, ni la divorciada, ni la prostituta envejecida, ni el preso, ni el enfermo del SIDA pierden su calidad de hermanos.

Desde la gratuidad el hombre nace sólo como hermano, cuando se afirma por lo que es y no por lo que hace. Sin gracia no es posible la fraternidad. Más aun, todo el amor de Dios gravita sobre el amor al prójimo. Pues el amor de Dios es un amor encarnado. Dios está en el hombre (Jn. 1, 14) y ahí hay que devolverle el amor. Hay que amar al hermano para que Dios sea Dios. Si no se ama se va contra Dios en el hermano y se impide que el amor de Dios llegue al hermano; se niega a Dios que sea Dios para el hermano.

- 4.º *Opción por la justicia al interior y exterior de la Iglesia*. Así revela al Dios justo, que sale en defensa de la justicia a favor de los que no pueden defenderse, de los débiles, de los desamparados de la tierra.

Se opone a la justicia y, por tanto, a la comunión la opresión, la desigualdad, las discriminaciones y marginaciones, los privilegios, los escalafones, el elitismo, los intereses insolidarios de los grupos, el predominio, el olvidarse, el menospreciar y excluir al débil, al pequeño (Cf. I Corint. 1, 18-25; Mt. 18, 1-14).

- 5.º *Entrañas de misericordia*. La misericordia es ese amor prático, que brota ante el sufrimiento ajeno, sobre todo, cuando se trata de un sufrimiento injustamente infligido, a fin de erradicarlo juntos. El hombre misericordioso encarna la aflicción del pueblo. Misericordia, que se hace perdón, acogida y estímulo para la conversión.

La experiencia del pasado y de nuestro tiempo demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente para crear la «comunión entre los hermanos». Para crear la comunión en nuestro mundo conflictivo es preciso emprender el difícil camino de la misericordia revelada en la cruz de Cristo. Esto no supone el enmascarar las situaciones conflictivas y tensas; el querer ocultarlas supondría incapacitarnos para transformar la realidad, pues nada puede ser transformado, si primero no es aceptado y asumido. La experiencia de la misericordia y reconciliación con Dios nos ayuda a reconciliarnos no sólo con nosotros mismos, sino también con los demás, con la creación y a luchar contra las injusticias y estructuras de pecado.

Aparecen signos esperanzadores y creadores de novedad allí donde los hombres están dispuestos a confrontarse en el interior de una misma comu-

nidad, conscientes de que la Iglesia puede ser un lugar en el mundo donde, a causa del evangelio, es posible vivir unidos a pesar de los conflictos, emprendiendo así el camino del amor misericordioso y compasivo, lo cual no supone el cerrar los ojos, como si nada hubiese pasado. Pues, se sabe que la experiencia del perdón de Dios posibilita al hombre no ocultar la culpa, sino mirarla con esperanza.

Esta visión comunitaria no excluye el que toda institución tenga sus exigencias y se necesiten también criterios de selección en ciertos aspectos y tareas, ya que, de lo contrario, se caería en un uniformismo igualitario y conformista pernicioso: «todo da igual»; «todos sirven para todo»...El igualitarismo uniformista lleva consigo la negación de la persona, de sus cualidades y capacidades y negación también del amor, que incluye reconocimiento y respeto del otro en cuanto distinto.

Hay que aceptar las legítimas diferencias en la caridad y complementariedad. Cada uno y cada grupo ha de tener conciencia de los límites y de su función específica, sabiendo que el plan es comunitario. La buena salud comunitaria resultará, si las funciones realizan aquello para lo que están y si todas ellas tienen la visión de conjunto y, teniendo igual trato unos con otros, se camina al paso de la gente sencilla (Cf. Rom. 12, 1-16).

Conclusión

El mejor servicio que la Iglesia puede aportar y ofrecer al mundo es manifestar en todo su ser, actuar y organización el «*Misterio Trinitario*» (GS. 45). Ahora bien, este perfil eclesiológico reclama una seria y profunda espiritualidad, entendida como fruto del Espíritu, que llena el universo y el que todo lo abarca (Sab. 1, 7; GS. 11). Por tanto, no se puede reducir a un ámbito solo de la vida, ni a unas actividades. El Espíritu, que crea la unidad, la diversidad y la igualdad, es el mismo que ilumina desde dentro a cada uno, el mismo que habló por los profetas y los apóstoles y actúa en la comunidad eclesial y el mismo también que nos interpela y habla fuera en los acontecimientos de los hombres. Las dimensiones de la acción del Espíritu son múltiples: Experiencia de Dios, apertura a los demás, acción transformadora de la historia, fuerza para la lucha contra los poderes de la muerte, y hace que se sea fiel a Dios revelado gratuitamente en Jesús como salvador del mundo y de los hombres a través de una historia que unidos a El vamos construyendo.

El Espíritu de Dios hace posible lo que parece a primera vista imposible a los hombres: armonizar lo uno y lo diferente, la simplicidad y la complejidad de la realidad, el unir el cielo y la tierra, el espíritu y la carne, la experiencia de Dios y el servicio al mundo, lo masculino y lo femenino, lo secular y lo religioso.

Esta espiritualidad, fruto del Espíritu de Dios, engloba dos actitudes:

- 1.º Abrir los ojos a la realidad desnuda y dura de los hombres. La espiritualidad bíblica está en relación con la realidad. El ser humano se relaciona con Dios a partir de algún acontecimiento (Exod. 3, 7-10). También la plegaria va unida a los acontecimientos (salmos). La nueva creación supone que el hombre comience a ver el mundo tal como es, a sufrir con él y a tomar este sufrimiento como una cosa seria (GS. 1).
- 2.º Reconocer a Dios en la situación de los hombres, incluso en la situación de crisis y de fracaso. Los Israelitas supieron descubrir la acción de Dios en la experiencia del desierto (Deut. 8, 5). También el tiempo de crisis puede ser interpretado como experiencia de Dios (2.ª Corint. 6, 2).

Estas actitudes globales se concretan en unos valores:

- * Una nueva conciencia alternativa, caracterizada por ser universal e integradora. Esta nueva conciencia originará un nuevo hombre, el cual encontrará poco a poco nuevos caminos de transformación de la sociedad, al ser un hombre comunión, universal, cósmico, capaz de salvar sin dividir, ni destruir y matar.
- * Avanzar en la solidaridad desde la opción por los excluidos, haciendo como propia su causa y colocándola como clave de interpretación de toda la realidad tanto social, económica, política como moral y religiosa, y punto de referencia necesaria en toda reforma socio-económica y cultural, para que sea justa y humanizadora.
- * Reencontrar la fuerza transformadora del pobre. El ponerse en marcha la Iglesia hacia una Iglesia de los pobres, siendo pobre, le daría una gran significatividad para el mundo y le prestaría un enorme servicio profético. La pobreza evangélica aparece como señal y condición necesaria para la liberación de la codicia, de la avaricia, del poder opresor y, a la vez, indica que el auténtico progreso debe estar controlado por el ideal de la no-codicia, de la justicia y del compartir. Lo opuesto de la riqueza no es la pobreza, sino la codicia y la avaricia, por eso, el interés fundamental hoy no es la erradicación de la pobreza, que como es lógico, no se excluye, sino la lucha contra el Mammón (dios-dinero), esa fuerza que se organiza dentro de cada ser humano y entre los hombres y que hace que la riqueza se convierta en antihumana, antirreligiosa y opresora.